

CLÁSICOS
A MEDIDA



La isla del tesoro

Robert L. Stevenson

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *La isla del tesoro*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya

www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Emilio Fontanilla Debesa, 2011
© De la ilustración: Monserrat Batet Creixell, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, abril 2011

ISBN: 978-84-667-9499-2
Depósito legal: M. 6155/2011
Impreso en Gráficas Muriel, S. A.
28903 Getafe (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	5
PRIMERA PARTE: EL VIEJO BUCANERO	
1. El viejo lobo de mar llega a la posada	13
2. Perronegro aparece y desaparece	19
3. La marca negra	23
4. El cofre	27
5. El final del ciego	31
6. Los papeles del capitán	35
SEGUNDA PARTE: EL COCINERO DE A BORDO	
7. Me voy a Bristol	41
8. Presagios en «El Catalejo»	45
9. Pólvora y armas	49
10. La travesía	53
11. Lo que oí en el barril	57
12. Consejo de guerra	61
TERCERA PARTE: MI AVENTURA EN LA ISLA	
13. Cómo empezó mi aventura en la isla	67
14. El primer ataque	71
15. El hombre de la isla	75
CUARTA PARTE: LA EMPALIZADA	
16. <i>El doctor continúa la narración: Cómo abandonamos el barco</i>	81
17. <i>El doctor continúa la narración: El último viaje a la isla</i> ..	85
18. <i>El doctor continúa la narración: Termina el primer día de combate</i>	89

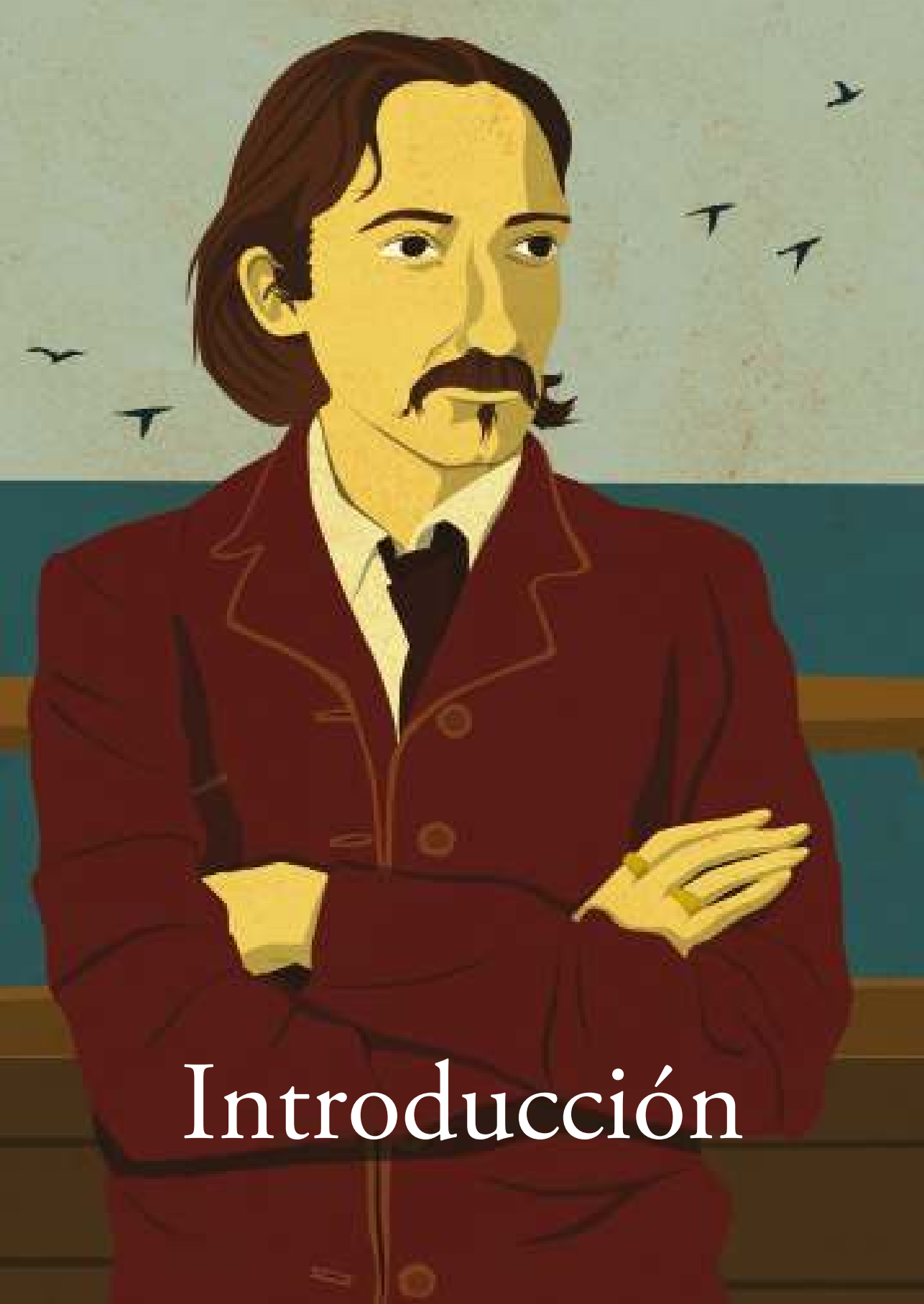
19. <i>Jim Hawkins continúa la narración: Atrincherados en la empalizada</i>	93
20. La embajada de Silver	97
21. El ataque	101

QUINTA PARTE: MI AVENTURA EN EL MAR

22. Cómo empezó mi aventura en el mar	107
23. A merced de la marea	111
24. La travesía en la barquilla	113
25. Cómo arrié la bandera pirata	117
26. Israel Hands	121
27. Reales de a ocho	125

SEXTA PARTE: EL CAPITÁN SILVER

28. En el campamento del enemigo	131
29. Otra vez la marca negra	135
30. Palabra de honor	139
31. La busca del tesoro: la aguja de Flint	143
32. La busca del tesoro: la voz entre los árboles	147
33. La caída de un jefe	151
34. Y último	155
Apéndice	159



Introducción

Un mapa

Una lluviosa mañana del verano de 1881, Lloyd Ousborne, un inquieto adolescente de trece años, aficionado a la pintura, se entretenía coloreando con acuarelas el mapa de una isla que había dibujado. Su padrastro, el escritor Robert L. Stevenson, se acercó con interés al muchacho y se puso en seguida a completar el mapa con accidentes geográficos y sus nombres hasta que acabó anotando en la esquina superior derecha las palabras «isla del tesoro». Sin darse cuenta (con la «inconsciencia de lo predestinado», escribiría más tarde), Robert L. Stevenson había dado comienzo a una de las más importantes novelas de aventuras de la historia de la literatura universal.

«Me dicen que hay personas a las que no les interesan los mapas, y me cuesta mucho creerlo», dejó escrito el autor para explicar la fascinación que produjo en su mente aquel dibujo, que fue poblando en seguida con piratas, tesoros enterrados y

un marinero abandonado. Parecía conocer tan bien aquella fantástica isla, que Lloyd le pidió con insistencia una historia sobre ella. La lista de títulos de los diferentes capítulos brotó a continuación, y la imagen de un hombre con una sola pierna (inspirada en un amigo real) se adueñó de su mente para convertirlo en el centro de una novela de piratas.

Stevenson redactó los tres primeros capítulos, que entusiasmaron a Lloyd. Y así, con el estímulo y participación del joven y de los propios padres del escritor, redactó doce más en un total de quince días desde que comenzara por primera vez el dibujo de aquella isla. Razones de salud obligaron al escritor a dejar su tarea, pero un amigo había llevado los capítulos ya escritos al editor de una revista juvenil, quien empezó a publicarlos a partir del 1 de octubre. Stevenson no tuvo más remedio que decidirse a terminar la novela en Davos, Suiza, adonde se había trasladado buscando un clima mejor para su enfermedad pulmonar, lo que llevó a cabo escribiendo un capítulo diario. El 28 de enero de 1882 apareció el último y al año siguiente se editó por vez primera como libro completo *La isla del tesoro*. Desde entonces, no ha dejado de alimentar los sueños de aventuras y los anhelos de libertad de sucesivas generaciones.

Un tesoro

A mediados del siglo XVII, franceses instalados en la isla de la Tortuga comenzaron a abordar galeones españoles que transportaban metales preciosos y monedas entre las colonias americanas y la metrópolis. Esta actividad fue promovida por los ingleses cuando conquistaron la isla de Jamaica (1655), al dar facilidades a los piratas para vender sus mercancías, y pronto

llegó a su auge con la incorporación de piratas holandeses e ingleses. Tan fuertes se hicieron los bucaneros, como empezaron a llamarles los ingleses, que ya no se conformaban con abordar a los barcos durante su navegación, sino que atacaban las ciudades en tierra firme y las saqueaban. La ciudad de Panamá, Maracaibo y Portobello fueron algunas de ellas; y François L'Ollonais, Daniel Montbars o Henry Morgan, algunos de los más célebres bucaneros.

En la última década del siglo, la piratería en el Caribe decayó, pero tras la guerra de Sucesión española renació con fuerza. En 1715, piratas ingleses (Henry Jennings, Charles Vane, Samuel Bellamy y Edward England) lanzaron una importante expedición para recuperar el oro de un galeón hundido cerca de Florida que consiguió su objetivo.

Este es el trasfondo histórico en el que Robert L. Stevenson se basa para trazar el relato que justifica la existencia de un tesoro enterrado en una remota isla e inventar toda la historia relativa al ficticio capitán Flint. Para ello, utilizó la *General History of Pyrates* (obra firmada con el seudónimo de capitán Charles Johnson, tras el que podría esconderse el escritor Daniel Defoe) de 1724, obra pionera en biografiar a piratas contemporáneos al autor y que difundió los rasgos principales de la vida de estos personajes, que después se han incorporado a la cultura popular a través de la literatura, primero, y del cine, más tarde.

La isla del tesoro ocupa un lugar de honor en la configuración del estereotipo literario del pirata con pata de palo y loro sobre el hombro en búsqueda de tesoros escondidos en islas tropicales con la ayuda de mapas en clave. Su conocimiento del mar por la profesión familiar y por sus propios viajes le proporcionó a Stevenson los datos suficientes para hacer completamente convincente su descripción del mundo de la marinería y

la navegación y dotar así de realismo y credibilidad a su historia de piratas.

Esta edición

Siguiendo los criterios generales de la colección Clásicos a medida, esta adaptación de *La isla del tesoro* está realizada a partir del original inglés. Se ha reducido el texto, pero se ha conservado la magistral expectación que crea el autor en cada uno de los finales de sus treinta y cuatro capítulos, la frescura y agilidad de la narración, la sencillez de su estilo, la hondura de sus personajes y, en suma, lo esencial de los valores literarios y humanos encerrados en esta obra maestra.



PRIMERA PARTE
EL VIEJO
BUCANERO

El viejo lobo de mar llega a la posada



Por haberme pedido el hacendado¹ Trelawney y el doctor Livesey que ponga por escrito todos los detalles relativos a la isla del Tesoro, de principio a fin, sin ocultar nada más que la situación de la isla, y esto solo porque todavía no ha sido retirado todo el tesoro, tomo la pluma en el año de 17... y regreso al tiempo en que mi padre era el propietario de la posada «Almirante Benbow» y el viejo y bronceado marinero, con la cara marcada por un sablazo, vino a alojarse bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si fuera ayer, cuando llegó a la puerta de la posada con paso lento y pesado, seguido por una carretilla de mano con su cofre de a bordo: un hombre alto, fuerte, grueso, de piel tostada, con una coleta que le caía sobre los hombros de su sucia casaca azul; las manos, cuarteadas y llenas de cicatrices, con

¹ *Hacendado*: persona que tiene muchas tierras y propiedades. El término original inglés (*squire*) se refiere al principal terrateniente de una comunidad rural que posee, además, autoridad en ella.

las uñas negras y rotas; y la marca del sablazo, de un blanco sucio y amoratado, que le cruzaba una mejilla. Lo recuerdo contemplando la cala mientras silbaba, hasta que comenzó aquella antigua canción marinera, que más tarde cantaría con tanta frecuencia:

*Quince hombres en el cofre del muerto...
¡Ja, ja, ja, y una botella de ron!*

con una voz alta y cascada, que parecía haberse afinado y quebrado en las barras del cabrestante². Entonces golpeó en la puerta y, cuando apareció mi padre, pidió bruscamente un vaso de ron, que se bebió lentamente, paladeándolo como un entendido, mientras continuaba mirando los acantilados.

—Una cala accesible —dijo finalmente—; y una taberna bien situada. ¿Mucha gente, compañero?

Mi padre le dijo que muy poca, desgraciadamente.

—Pues entonces —dijo—, este será mi camarote. Soy un hombre sencillo; no necesito más que ron, tocino y huevos; y ese saliente de ahí arriba para ver los barcos. ¿Que cómo me llamo? Llamadme capitán. Ah, ya veo lo que estás esperando... ahí tenéis —y arrojó tres o cuatro monedas de oro al suelo—. Ya me avisaréis cuando me lo haya gastado— dijo, con la fiereza de un capitán.

Y en verdad que, a pesar de sus ropas deterioradas y de su habla vulgar, no tenía el aspecto de un simple marinero, sino que parecía un oficial acostumbrado a ser obedecido.

Habitualmente era un hombre silencioso. Se pasaba el día en la cala o sobre los acantilados, con un catalejo de metal; por la noche se sentaba en un rincón de la sala, junto al fuego, be-

² *Cabrestante*: torno de eje vertical usado en los barcos para mover o arrastrar grandes pesos por medio de un cable que se va arrollando en él a medida que gira movido por la fuerza aplicada a unas barras que se insertan en él.



biendo ron casi puro. Casi nunca devolvía un saludo. Todos los días, cuando volvía de su paseo, solía preguntar si había pasado algún hombre con aspecto de marinero por el camino. Al principio, pensamos que la pregunta se debía al deseo de encontrarse con gente de su condición; pero después empezamos a darnos cuenta de que lo que deseaba era rehuirla.

Una día, me cogió aparte y me prometió cuatro peniques de plata cada primero de mes si mantenía «mis ojos alertas a un marinero con una sola pierna» y le avisaba en el momento en que apareciera. Muchas veces, cuando llegaba el primero de mes y le pedía la paga, resoplaba mirándome fijamente; pero antes de que terminara la semana parecía pensarlo mejor y me daba mis cuatro peniques y me repetía sus instrucciones de estar alerta al «marinero con una sola pierna».

No hace falta que os cuente cómo frecuentaba mis sueños aquel personaje. En las noches de tormenta, solía verlo de mil diabólicas formas distintas. Unas veces, la pierna la tenía cortada por la rodilla, otras por la cadera; en ocasiones era una criatura monstruosa que nunca había tenido más que una pierna que salía del centro de su cuerpo. La peor de las pesadillas era verlo saltar y correr persiguiéndome. Bien cara pagaba aquella paga mensual con estas abominables imaginaciones.

Sin embargo, tenía mucho menos miedo del propio capitán que los demás. Había noches en las que tomaba mucho más ron del que su cabeza podía soportar; entonces solía cantar sus viejas y brutales canciones marineras, ajeno a todo el mundo; pero a veces pedía una ronda para todos y obligaba a la atemorizada clientela a escuchar sus historias o a corear sus cantos. Con frecuencia oí agitarse la casa con el *¡Ja, ja, ja, y una botella de ron!*, que cantaban todos los vecinos con temor de sus vidas, cada uno más alto que el otro, para no hacerse notar.

Lo que más atemorizaba a la gente eran sus historias; historias terroríficas sobre ahorcados, tempestades en el mar, las Islas Tortugas y feroces sucesos y lugares del Caribe. Por su propia narración, debía de haber pasado su vida entre los hombres más malvados que Dios haya permitido nunca navegar. Y el lenguaje con el que contaba estas historias escandalizaba a nuestros sencillos vecinos casi tanto como los crímenes que describía. Mi padre andaba siempre diciendo que aquello sería la ruina de la posada; pero yo creo que nos hizo bien. La gente se asustaba en esos momentos, pero luego les gustaba recordarlos: aportaban emoción a la tranquila vida rural.

Ahora bien, en cierto sentido, sí que hizo lo posible por arruinarnos, puesto que se quedó en la pensión semana tras semana, y mes tras mes, de forma que hacía tiempo que se había gastado todo el dinero que nos había dado sin que mi padre se armara de valor para insistir en pedirle más.

Solo una vez alguien le hizo frente, y eso fue hacia el final, cuando la salud de mi pobre padre se había deteriorado. El doctor Livesey llegó una tarde y visitó al paciente, se tomó la cena ligera que le ofreció mi madre, y se fue a la sala a fumarse una pipa hasta que le trajesen su caballo de la aldea, pues no teníamos establo en la posada. De repente, el capitán empezó a soltar por la boca su eterna canción:

Quince hombres en el cofre del muerto...

¡Ja, ja, ja, y una botella de ron!

El ron y el diablo se llevaron al resto...

¡Ja, ja, ja, y una botella de ron!

No era novedad para nadie más que para el doctor Livesey, y observé que no producía un efecto agradable en él. El capitán

se fue animando con su propia música hasta que dio una palmada sobre la mesa, que todos sabíamos que significaba silencio. Todas las voces se detuvieron de inmediato, excepto la del doctor Livesey que siguió como antes, hablando clara y amablemente con el jardinero. El capitán se lo quedó mirando un momento, dio otra palmada y finalmente estalló con un soez juramento:

—¡Silencio ahí, en cubierta!

—¿Se dirige usted a mí, caballero? —dijo el doctor.

Y cuando el rufián le contestó que así era con otro juramento, replicó:

—Solo le diré una cosa, caballero, que si sigue bebiendo ron, ¡el mundo se verá pronto libre de un sucio canalla!

La furia del viejo marinero fue terrible. Se puso de pie de un salto, sacó y abrió una navaja y con ella en la mano, amenazó al doctor con clavarlo en la pared. El médico no se inmutó y se dirigió a él con el mismo tono de voz, lo suficientemente alto para que se oyera en toda la habitación, pero completamente calmado y firme:

—Si no guarda ahora mismo esa navaja en su bolsillo, le prometo, por mi honor, que en la próxima sesión de los tribunales le haré colgar.

Se retaron con la mirada, pero pronto el capitán se dio por vencido, se guardó el arma y volvió a su asiento, refunfuñando como un perro apaleado.

—Y ahora, señor —continuó el doctor—, como ya sé que anda suelto por mi distrito semejante tipo, puede contar con que le vigilaré día y noche. No solo soy médico; también soy juez.

Poco después llegó el caballo a la puerta y el doctor Livesey se marchó; pero el capitán se mantuvo calmado esa noche y muchas otras a partir de entonces.